

Muchos de los artículos publicados en *La Civilización*, *La Sociedad* y *El Pensamiento de la Nación*, fueron reunidos por Balmes y publicados en volumen aparte.

LUIS MARÍA MORA

(Continúa)

La beatificación del patriotismo

“La Patria es la tierra donde vimos por primera vez la luz del día, donde nos purificó el sacerdote con las aguas del bautismo, donde tenemos los más íntimos afectos, donde descansan las cenizas de nuestros padres. Es la iglesia en que invocábamos á Dios cuando pequeños, los campos en que jugábamos niños, la escuela en que aprendimos los primeros rudimentos del saber. La Patria es la sangre que nos corre en las venas, la lengua castellana que recibimos de los labios maternos, la dulce religión católica, consuelo único en todos los pesares de la vida. Patria son los sacrificios de nuestros misioneros, las glorias de nuestros antiguos soldados, las virtudes de los fundadores de la República, los grandes hechos de nuestra guerra magna.

“El amor á la Patria es virtud; más aún, es deber imperioso de moral, y de moral cristiana. El Salvador mismo quiso anunciar antes que á nadie la buena nueva del Evangelio á las ovejas de la casa de Israel, y lloró sobre las futuras desgracias de Jerusalén, como lloró sobre el sepulcro de Lázaro, su amigo. San Pablo se gloria en sus epístolas de ser israelita, descendiente de los antiguos patriarcas, con ser el pueblo judío nación deicida, reprobada de Dios. No es el amor patrio obligación impuesta sólo por ley positiva; León XIII afirma que es de ley natural, *lege naturæ*; que ha de ser uno de nuestros principales afectos, *præcipue diligere iubemur*; que ha de impulsarnos á defender, *tueri*, el suelo natal; y á defenderlo hasta rendir la vida, *mortem pro patria oppetere*; de modo que sólo quien

así cumple el deber merezca el dictado de buen ciudadano, *bonus civis*.

“No dispensan á nadie de esta obligación el atraso y los infortunios de la tierra natal, porque hemos de amar á la Patria con cariño semejante al que profesamos á nuestras madres: si un hijo tiene madre joven, rica, feliz, la quiere; y si la ve anciana, pobre, desvalida, la ama más. Si tu madre es ejemplo de virtudes, ufánate por ello; si es débil y culpada, écha un velo sobre sus faltas. Cam fue maldecido de Dios porque puso los ojos en la desnudez de su padre y se mofó de ella.”

Las anteriores palabras fueron dichas en el púlpito hace diez y nueve años, por el que entonces era cura de la Catedral de Bogotá.

En esos cuatro lustros, muchas ilusiones se le han marchitado en el alma; el tiempo ha arado hondo en su frente; el vecino invierno de la vida le ha dejado caer las primeras escarchas en el cabello; pero él siente que en medio de la inminente ruina arraigan cada vez más y reverdecen en su alma dos amores: el de la Iglesia y el de la Patria.

La doctrina arriba citada se apoya, como es claro, en el Evangelio, en las enseñanzas de León XIII, el Sabio, el Grande. Hoy el sucesor de León corrobora con obras las palabras de su antecesor, beatificando á Juana de Arco, la Doncella de Orleans, mejor dicho, la doncella de Francia.

La beatificación es el decreto emanado de la infalible autoridad del Vicario de Cristo, por el cual se incluye á un cristiano en el catálogo de los bienaventurados del cielo, se coloca su imagen en los altares, se proponen su vida y sus virtudes á la imitación de los fieles. No es la simple declaración de que una alma se ha salvado, porque entonces se beatificaría á los niños muertos con bautismo, á los pecadores arrepentidos en la hora postrimera. El decreto del Papa importa más: que la persona, durante su

vida entera, ó á lo menos desde su conversión, practicó todas las virtudes teologales y morales *en grado heroico* (1).

Mas, á diferencia de Jesucristo, en quien todas las perfecciones son iguales, en los santos predomina siempre una virtud, y ésa se propone por la Iglesia, de manera especial, á la admiración é imitación del pueblo fiel. Así se ensalza en San Francisco de Asís la pobreza voluntaria; en San Pedro de Alcántara, la penitencia; en San Juan de Dios, la caridad con el prójimo; en San Luis Gonzaga, la pureza. En Juana de Arco se beatifica de preferencia el amor á la Patria, traducido en heroicas hazañas militares, llevadas á remate con sobrenaturales inspiración y auxilios.

Hay, es verdad, entre los santos, varios que consagraron sus energías á la defensa del suelo natal. San Bernardo predica y organiza la segunda Cruzada contra el creciente poder de la Media Luna; San Raimundo, abad de Fítero, funda en España la Orden de Calatrava, soldados-monjes, ángeles en el Claustro, leones en el combate, para vencer los moriscos hijos de Mahoma; San Pío V, organizando la escuadra que venció en Lepanto, salvó la bella Italia de la invasión turca, pero defendió la Iglesia contra los sectarios del Corán. Juana de Arco no luchó por la fe, ni frente á la herejía; su enemigo fue Inglaterra, tan católica entonces como Francia; es la heroína ayudada del Cielo para defender el suelo de la Patria.

Las ceremonias de la beatificación se celebraron en San Pedro de Roma, en la basílica de Miguel Angel, bajo la cúpula que mide las dimensiones del Panteón. Roma pagana agotó su esfuerzo para levantar un templo á todos los dioses; Roma papal puso aquel monumento como remate del sepulcro no de su Dios, sino de un siervo de Dios, del Pescador, Vicario de Cristo. ¡Qué gloria es ser uno católico!

(1) La canonización nada intrínseco agrega á la beatificación: sólo da al culto del bienaventurado nuevo esplendor y lo extiende á la Iglesia universal.

Al siguiente día, lunes 19 de Abril, Pío X recibió en audiencia, en la basílica misma, á los quince mil peregrinos franceses venidos á Roma para las solemnidades. Monseñor Estanislao Touchet, Obispo de Orleans, le dirigió la palabra al Pontífice. No emitimos juicio sobre el discurso salido de los labios del sucesor de Dupanloup. Lo publicamos en seguida de este artículo, sintiendo que la versión castellana, á pesar del esmero con que la hemos hecho, no traduzca todo el calor, el colorido de la frase original.

Pío se levantó. Hasta entonces él no había hablado en público sino en latín ó en italiano: ahora leyó su respuesta en francés, con voz alta, vibrante, que llegó hasta los oídos de los más lejanos peregrinos. Insertamos el discurso de Su Santidad; las palabras del Vicario de Jesucristo no se aplauden, sino se obedecen.

Al concluir el Papa, reinó alto silencio. Él había prohibido toda aclamación, todo ruido. Entre tanto se veían flotar por el aire, como bandada de palomas blancas, los ejemplares de la alocución que manos invisibles iban repartiendo al concurso. Dada la bendición, el Pontífice subió á la *sedia gestatoria*, cubiertos los hombros con la amplísima capa bordada de oro, llevando la tiara en la cabeza. Y conducido en alto por doce sedarios vestidos de púrpura, se movía la hermosa figura del Papa, por sobre el manso oleaje de las cabezas apiñadas, como se balanceaba la navicilla de Pedro sobre las tranquilas ondas del lago de Galilea.

Al llegar al centro de la nave, se desprendió de la multitud un grupo de jóvenes orleaneses. Uno llevaba en alto una bandera, la bandera de Francia, el símbolo de la Patria. No era el estandarte blanco, tachonado de flores de lis, no era el de Reims, Marignan y Rocroy, no el de Juana de Arco, el de Henrique IV, el de Condé; sino el tricolor, el de la República y el Imperio; el de las Pirámides y Arcola, el de Austerlitz y Iena. El Pontífice dio orden de

detenerse. La bandera se inclinó ante el que es Vicegerente de Cristo, soberano de reinos, imperios y repúblicas. Aquella muda ceremonia era una petición al Papa de que bendijera á Francia, hija primogénita de la Iglesia, republicana hoy, preconizadora de la libertad cristiana. ¿Qué importa que la rija un gobierno perseguidor, fanático, socialista? Los gobiernos pasan, los partidos se desvanecen: las naciones subsisten, la Iglesia es eterna; la libertad, hija del catolicismo, no muere. No se inclinan ante Pío X los bizarros militares franceses que vencieron en Mentana; el actual gobierno es ateo, es instrumento ciego de la francmasonería, pero Francia continúa siendo católica; y si no sostienen la bandera de la Patria los soldados de Fallières, la alzan los jóvenes de Orleans.

El Papa levantó la mano derecha, pero en vez de trazar la señal de la cruz, tomó un canto del estandarte, y lo llevó detenida y fervorosamente á sus labios.

Resonó en el ámbito de la basílica un estallido de sollozos; sollozos de amor, de gratitud, de entusiasmo. Siguió un instante de silencio, y entonces, á pesar de la consigna, á pesar de prohibición terminante, estalló un aplauso involuntario, unánime, grande como el estruendo del mar, que vitoreaba al Papa, á Francia, á Jesucristo, á Dios. Y el estruendo continuó hasta que la ascética figura de Pío X se ocultó en la puerta que lleva de la capilla de la *Pieta* á los aposentos vaticanos.

Aquel grito de entusiasmo fue apenas el eco del que resuena unánime, en el tiempo y en el espacio, en la hermosa tierra de Francia—*beau pays de France*—en honor de su ideal, de su romántica, de su bienaventurada heroína. Porque la imaginación más fecunda, el genio más creador, no habría inventado *leyenda* más bella que la que la *realidad* de la *Historia* nos ofrece en Juana de Arco.

Unánime dijimos arriba. Y no nos arrepentimos de la frase, porque ante el testimonio de miles de miles de millares nada significan unas pocas voces discordantes. Vol

taire, el filósofo de Ferney, cuya estatua debe alzarse por manos del verdugo, según la expresión del gran Conde De Maistre, quiso denigrar, ridiculizar, á la Doncella de Orleans, en aquel escrito infame que se llama *La Poucelle*. Duro es dar coces contra el aguijón, dijo el Espíritu Santo. En Voltaire no creen ya sino entendimientos fósiles, *surannés*, atrasados, que viven todavía intelectualmente en el siglo XVIII.

Y en el heroísmo de Juana de Arco cree la flor de las inteligencias modernas, y con ellas la humanidad entera.

Las diatribas contra la Doncella de Francia han sido reproducidas por Anatole France. ¡Milagros del progreso indefinido! Y esas diatribas han sido refutadas por un inglés, por un inglés protestante, en reciente victorioso, sabio, incontestable escrito (1).

Daría muestras de candor infantil quien se admirara de ver denigrar á la *Beata* Juana de Arco por el que llamó *infame* á Nuestro Señor Jesucristo; de que se hiciera eco de las ideas de Voltaire al escritor de grande entendimiento y mente extraviada que firma con el pseudónimo de Anatole France. El que reniega del Dios de sus padres, del Dios verdadero, del que ha civilizado el mundo, ¡qué maravilla que reniegue del amor patrio, que trate de tiznar la gloria más pura, más excelsa de Francia! Los ingratos enemigos de Cristo no pueden ser patriotas.

Lo que es ser patriota, á nuestro humilde juicio, está consignado en otras palabras que forman parte de la plática parroquial que citámos al principio:

“El amor patrio, como todo amor, es eficaz; no se reduce á sentimientos y palabras, sino que se traduce en obras, y más todavía: en sacrificios. Quien antepone sus

(1) THE MAID OF FRANCE being the story of the life and death of Jeanne d'Arc, by Andrew Lang. With portraits, second impression. Longmans, Green and Co. 39. Paternoster Row. London. New York, Bombay and Calcutta. 1909. Pags. 379 en 4.º

comodidades é intereses á la prosperidad de la República; quien rehusa cobarde las cargas que el bien común exige de todos los ciudadanos; el que tiene lengua para la censura y no manos para el trabajo, no es patriota y será buen discípulo de Bentham, buen sectario práctico del principio de utilidad, pero no buen cristiano.

“Hijos de la Patria, somos hijos también de la Iglesia; ella nos recibe en los brazos cuando llegamos al mundo, y nos regenera en el sagrado bautismo; nos abre los ojos á la fe y nos deja conocer con la luz sobrenatural de la revelación mucho de lo que el entendimiento por sí solo no alcanza á columbrar siquiera; nos alimenta con el cuerpo de Cristo, prenda de la inmortalidad futura; nos recibe amorosa y nos perdona en nombre de Dios, siempre que llegamos á ella arrepentidos; santificó vuestros legítimos amores, dándoos vuestras esposas al pie de los altares; y cuando llegue aquella hora postrera de la existencia terrenal, en que se desvanecen las ilusiones y se acaban las esperanzas y las criaturas todas nos gritan: ¡quedaos á Dios! vendrá la Religión á la cabecera de nuestro lecho á sostener los últimos pasos de la vida y llevarnos de la mano á ese viaje de donde jamás regresa el hombre antes del día del juicio universal....

“‘Ahora, añade León XIII, si la ley natural nos manda amar y defender con ahinco el país donde nacimos y nos criamos, hasta el punto de que un buen ciudadano no dude afrontar la muerte por la Patria, con mayor razón los cristianos han de estar animados de iguales sentimientos para con la Iglesia,’ y ‘debemos preferir la Iglesia á la Patria, porque —sigue el Papa— es razonable anteponer los bienes del alma á los del cuerpo, y más sagrados son los deberes para con Dios que para con los hombres.’

“‘Por lo demás —continúa el Soberano Pontífice— el amor sobrenatural á la Iglesia y el amor natural á la Patria proceden de idéntico eterno principio. Entrambos tienen á Dios por autor y causa primera, de donde se des-

prende que no cabe contradicción ni repugnancia entre los deberes que uno y otro nos imponen.’

“¡Admirables palabras que nunca meditaremos lo bastante! De veras: para las naciones no hay salvación posible fuera de la doctrina católica. Nuestro país, bien lo lo sabéis, es deudor de todo cuanto es y cuanto tiene á la santa influencia de la Iglesia. Ella sacó á estas comarcas de la barbarie, por medio de los primeros sacerdotes que las evangelizaron, ella edificó todas nuestras ciudades, y levantó los templos é inspiró la literatura y las artes, y fundó los colegios donde se educan vuestros hijos. La fe cristiana dio aliento á los fundadores de la República para hacerse independientes de España; la fe es el origen de las virtudes de vuestras esposas y de vuestras hijas, virtudes que no han dejado que este país se hunda en la incredulidad y la barbarie.

“No obstante hay en muchas partes, y aquí los hay también, católicos que no dudan anteponer á los de la religión los intereses, no de la Patria sino de un partido político. Practican la piedad por sí mismos y para sus familias; llegan hasta mostrar interés, y mucho, por el esplendor del culto y aun por la predicación, las misiones y otras obras de caridad y celo; y con todo, se preocupan poquísimamente del reinado social de Jesucristo, y sacrifican sin vacilar lo porvenir de la Iglesia á simpatías personales ú opiniones políticas que nada valen en comparación de lo que por ellas se abandona. ¿Qué religión se profesa en Colombia? La católica; ya que no valen la pena de tenerse en cuenta unos pocos protestantes extranjeros, inofensivos en asuntos religiosos, ni unos pocos incrédulos que niegan la fe más por respeto humano que por convicción, más con los labios que con la mente. Y sin embargo, la Iglesia no recibe de sus hijos todo el apoyo que debiera, porque muchos de ellos se apellidan enemigos, no hermanos, y en vez de aunar las fuerzas en defensa de la fe que todos profesan, se dividen y hacen la guerra por asuntos enteramente secundarios.

“No sucede así en otros países. En Bélgica, los católicos, olvidando diversidades de opiniones políticas, se formaron años há en falange cerrada, y son dueños absolutos del Gobierno y de los destinos de la Nación.

“En Alemania nuestros hermanos, con estar en notable minoría, saben llevar á sus correligionarios al Cuerpo Legislativo, y tan hábiles son y tan unidos, que el *centro* del *Reichstag*, formado exclusivamente de católicos, pesa sobre los planes del Emperador y sobre todos los asuntos del gobierno. Ved aquellos congresos católicos donde fraternizan todos los partidos políticos; en España, carlistas y alfonsinos; demócratas y republicanos en Norteamérica, y decidme si vuestras obras igualan á sus obras, y si la Iglesia puede esperar aquí, lo aguarda con fundamento allá. Porque es yerro pensar que la defensa y engradecimiento de la Religión, sea materia que sólo incumba al episcopado y al clero. León XIII, después de recordar que la predicación y los combates por la fe corresponden primeramente al Romano Pontífice, en seguida á los obispos y sacerdotes, añade: ‘Sin embargo, guardaos de pensar que sea prohibido á los particulares cooperar de cierto modo á este apostolado, sobre todo cuando se trata de hombres que han recibido inteligencia y deseo de ser útiles con ella. Siempre que sea preciso, pueden los laicos, no ciertamente arrogarse el oficio de doctores, pero sí comunicar á los demás lo que han aprendido y hacerse eco de las enseñanzas de los maestros.’

“En las batallas de la fe todos somos soldados. Sólo que en un ejército no se alcanza la victoria sino cuando todos obran bajo las órdenes de un solo jefe, y obedecen á un plan de combate. *Todo reino dividido en facciones contrarias será desolado*, nos predica el Salvador del mundo (1). Y el Papa enseña: ‘La Iglesia, sociedad perfectísima, muy superior á todas las demás, ha recibido de su

autor el mandato de combatir por la salvación del género humano como *ejército formado en batalla; ut castrorum acies ordinata* (1). No es lícito á ninguno de sus miembros obrar á su antojo ó escoger á su gusto el modo de combatir. El que no recoge con Jesucristo y con la Iglesia, disipa (2), y ciertamente son enemigos de Dios los que no combaten en unión con Él y con la Iglesia.’

“Sea esta la ocasión de hacer un acto de justicia. En este país los escritores laicos católicos se han señalado mucho por su celo en la defensa de la fe, y á los esfuerzos que han hecho ellos se debe, en no pequeña parte, que la religión, tan violentamente combatida, no haya perecido en la Nación. Si alguna vez han errado, eso es propio de la condición humana; pero yerros parciales no empañan la gloria de sus combates y triunfos.

“Estos combates de la fe deben estar animados por el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo. La ley nueva es, ante todo, amor, y enseña San Pablo que el tener toda la fe posible y entregarse al martirio, y repartir todos los bienes á los pobres, no sirven de nada si uno no tiene caridad (3).

Hay gentes que piensan que esta virtud no obliga cuando intervienen las luchas políticas y religiosas. Mas, decidme, porque uno de mis prójimos piensa de un modo diverso del mío en asuntos que Dios ha dejado á la discusión de los hombres, ¿tengo derecho á odiarlo? Pero el adversario político me ha causado daños en mi persona y en mis bienes. Pues Jesucristo replica: *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian* (4).

“Si en las discusiones políticas no es lícito odiar, ¿lo será en las luchas religiosas? Menos aún. La intolerancia dogmática es carácter distintivo del Catolicismo y consti-

(1) Cant, VI, 9.

(2) Luc., XI, 23.

(3) I. Cor., XIII.

(4) Matt., V. 44.

(1) Matt., XII, 25

tuye una de las pruebas de su divinidad. Quien tiene certeza de poseer la verdad, no puede convenir con el error. Pero la intolerancia para con las ideas ha de ir acompañada de la caridad para con los que yerran. Los combates de la fe difieren esencialmente de las demás guerras. En éstas se trata de exterminar al enemigo; en aquéllas, de vencerlo y conducirlo á nuestro campo. Cuando uno—dice San Francisco de Sales—quiere atraer á su palomar las palomas de la casa vecina, no les tira piedras sino les echa grano. Si los Apóstoles se hubieran propuesto insultar y hostilizar á los gentiles, ¿habrían convertido al mundo? ”

FRANCIA Y LA IGLESIA (1)

(Discurso del Obispo de Orleans á S. S. Pío X al presentarle los peregrinos franceses, en San Pedro de Roma, con ocasión de la beatificación de Juana de Arco)

Santísimo Padre:

Los obispos, sacerdotes, fieles, de la amada tierra de Francia, acogidos benévolamente por Vuestra Santidad en este templo, el más noble del universo entero—como si no hubiera recinto harto amplio y sagrado para el encuentro del padre con sus hijos,—venimos henchidos del deseo, de que nos gloriamos, y que ha palpitado desde San Pablo hasta nosotros en toda alma católica de veras, de “ver á Pedro,” de conversar con él.

Hace cerca de diez y nueve siglos que Pedro fue crucificado por Nerón. Acaso sus restos sacratísimos no serán hoy sino un puñado de polvo, que cabría en la mano de un niño, porque á tal extremo, vecino de la nada, llega por fuerza toda carne; pero Pedro sobrevive inmortal en los sucesores de su divino encargo.

(1) Véase nuestro artículo anterior.